

estrella de la tarde y de la mañana. Indudablemente esos Arios montañeses no se habían despojado del terror primitivo que transformaba en espíritus malignos o al menos temibles cada objeto próximo, cada ruido repentino, cada sopro del aire; su religión, sin embargo, era ya un naturismo grandioso, que atestiguaba en ellos una concepción rudimentaria de la ordenación del Universo. Sus sacrificios de propiciación a los manes y a los dioses celosos se verificaban con sencillez: manteca, leche y bebidas fermentadas eran sus principales ofrendas, y, terminada la fiesta, se complacían en beber el «divino soma», el licor fermentado que produce «la alegría de los hombres y de los dioses», como la produjo también el jugo de la vid a Hebreos, Griegos y Romanos, como lo produce en el día, a lo menos simbólicamente, la comida de la Eucaristía cristiana. En la primera época de la religión védica no se trataba de una simple copa con la «sangre de los dioses», sino de grandes odres, de toneles enormes. En los versos de los viejos bebedores arios, el soma, que da la fuerza a los dioses, es por eso mismo más poderoso que los dioses. Ningún beodo alemán o polaco celebró con más elocuencia ni con mayor embriaguez poética el vino y la cerveza, que la que inspiraba a los Arios de los Siete Ríos cantando el divino soma. Indra lanza sus rayos contra los bebedores de agua, entregándoles a la muerte en la corriente de los ríos desbordados. El mismo se ha dado dos vientres, con objeto de poder llenar uno cuando el otro está ya lleno, digiriendo la bebida.

Y hecho que parece extraño, este licor del soma, que hizo delirar los bacantes y las bacantes de la India, nos es desconocido actualmente: se han publicado volúmenes sobre este asunto por sabios, historiadores y botánicos, pero las aserciones no concuerdan. En los diccionarios de botánica, la palabra *soma* se traduce por numerosas denominaciones latinas: *Asclepias acida*, *Sarcostemma viminale*, *Sarcostemma brevistigma*, *Periploca aphylla* y otras. Es probable, en efecto, que los licores sagrados fuesen de origen diverso, porque el viaje de los pueblos de la Atropatena y de la alta Irania es larguísimo, extendiéndose hasta las llanuras de la India septentrional y a las mesetas del Sud. Todavía en la actualidad, los brahmanes del Dekkan, los Parsis de Bombay y los de Yezd y de

Kerman, en Persia, preparan el soma de diferente modo. La opinión general es que esta palabra tiene simplemente el sentido de licor «fermentado» y que se aplica a toda clase de bebidas clarificadas por la acción de los microbios. En los cantos védicos se trataba probablemente de una especie de cerveza hecha con arroz o trigo, semejante a la que se bebe todavía en el país.

Otra gran alegría de los Arios, los de la India como los de Irania, consistía en hacer nacer el fuego, con ocasión de los sacrificios, y ver las llamas agudas dirigirse hacia el cielo. Su adoración por Agni parecía mezclada de reconocimiento, como si recordasen aún la época lejana en que sus antepasados desconocían el pedernal, cuando ningún Prometeo había traído aún la preciosa

chispa robada al dios del trueno o del día. Según ciertas consideraciones, Agni era para ellos más que un dios, era un hermano: «Padre Día, Madre Tierra, Hermano Fuego»¹, así comienzan ciertos



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

SOMA

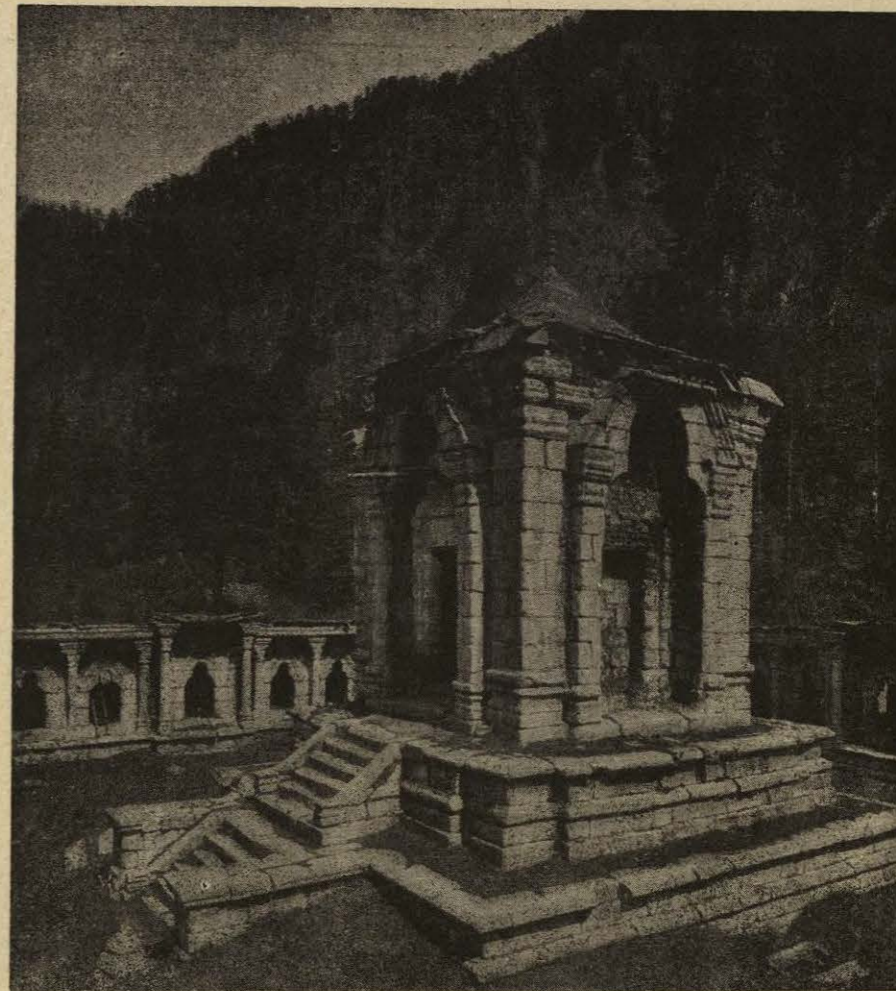
Antiguo dios védico del sacrificio, personificación del licor fermentado que se derramaba sobre el fuego naciente para darle más vigor. Se ha convertido en el dios de la luna.

¹ Zenaide A. Ragozin, *Vedic india*, p. 157.

encantamientos. En las ceremonias santas no dejan nunca de encender el fuego según la práctica antigua, o sea por medio de dos palitos de madera diferente, haciendo girar el uno en una escorchadura del otro.

Pero cuando los inmigrantes arios de la India llegaban a pueblos que cultivaban pacíficamente sus campos, les desposeían de ellos violentamente, robándoles mujeres, hijas y bienes, perdían al mismo tiempo su libertad, porque tales acontecimientos no pueden cumplirse sin que el conquistador pierda la sencillez primera de sus costumbres. Los jefes de guerra se engrandecían hasta convertirse en reyes o emperadores que conducían sus hombres a la batalla y al botín, pervirtiéndoles gradualmente hasta convertirlos en súbditos y en esclavos. Paralelamente a la casta de los reyes se desarrollaba otra, la de los sacerdotes sacrificadores, que eran también los cantores y los bardos, o a lo menos pertenecían a la misma clase. Los padres de familia, los patriarcas, no celebraban ya su culto aisladamente: como simples fieles tomaban parte en las ceremonias de la nación, en las cuales oficiaban gran número de sacerdotes, desempeñando cada uno una función especial: sujetar la víctima al poste, blandir el cuchillo de piedra, abrir las entrañas, verter la grasa, recoger la sangre, murmurar las oraciones, recitarlas en voz alta, declamarlas o cantarlas. Una nueva casta, y de todas la más peligrosa, porque había de obtener un día la dominación de las almas, acababa de constituirse. La palabra *andjira* — significando una especie de sacerdote o de anacoreta, — que se encuentra ya en el primero de los 1028 himnos del Rig-Veda, parece ser de origen extranjero al aria primitivo, y que quizá habría que atribuir a la introducción de un nuevo culto en el de la primera civilización aria. Se ven en la recopilación como dos corrientes religiosas que caminan juntas en el mismo cauce.

Después de Rig-Veda, la evolución religiosa de los Arios de la India se continúa por una observancia cada vez más estricta de los ritos; los cantos, los himnos, las oraciones, el todo repetido en un viejo idioma cuyo sentido se va haciendo más confuso, se acompañan de fórmulas inflexibles que atestiguan una constitución definitiva de la casta eclesiástica. Mientras los sacerdotes consolidaban así su poder, triunfando hasta del de los reyes, el movimiento de conquista



TEMPLO DE BHANIVAR, VALLE DEL ALTO DJELAM

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

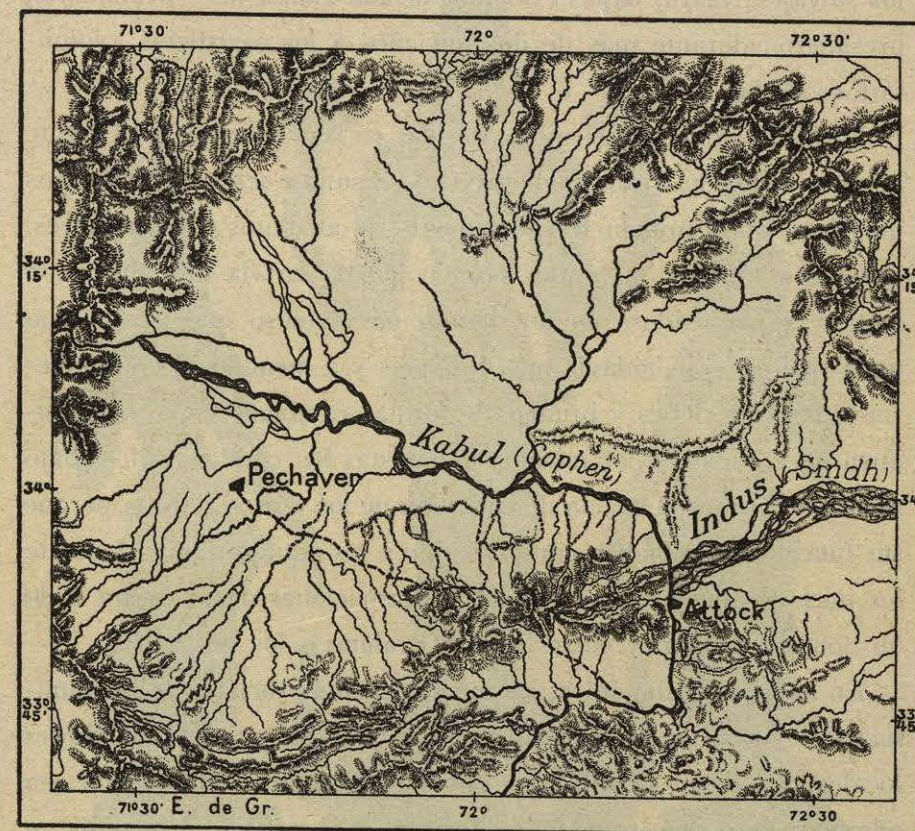
continuaba extendiéndose en la dirección del Este y pasaba de la cuenca del Indo a la del Djamna y del Ganga: los descendientes de los primeros invasores arios se hallaban así en contacto con un número ascendente de tipos, de razas y de religiones, de que se siguieron cruzamientos de toda clase; los diversos cultos bhutaneses, dravidianos y kohlarianos entraron en el torbellino de las creencias arias, como aguas afluentes en la corriente de un río. La práctica de los sacrificios humanos, que quizá había existido en casos de peligro nacional entre los Arios montañoses, créese que se hizo general, y llegó a degollarse a centenares los cautivos: la guerra incesante suministraba abundantes riquezas y era fácil siempre satisfacer el ape-

tito de los dioses. La esclavitud o el exterminio había de ser necesariamente la suerte de los vencidos, y, sin embargo, como sucede siempre en tal caso, los esclavos y los martirizados modificaron la mentalidad de los amos y opresores.

La cuarta recopilación de las Santas Escrituras, que se compuso en aquella época, el Atharva-Veda, ya sólo es aria por escasos rasgos, por algunos versos del Rig-Veda que contienen fórmulas de magia, recetas adivinatorias, encantamientos y sortilegios. El fondo Atharva es en realidad un puro chamanismo como la religión de los Tchuktchi y de los Samoyedos; es debido precisamente a los Dasyu, es decir, a los «Enemigos», que era el nombre que los invasores arios dieron a los aborígenes cuando no lograban hacer de ellos Dasa o «Esclavos». En sus poemas no dejan nunca los Arios de expresar su aversión hacia gentes que vienen a privarles de sus tierras, hacia todos esos individuos de piel negra o amarilla, hacia todos esos monstruos de nariz aplastada o hasta desnarigados, hacia esos carnívoros o comedores de carne cruda y otras gentes sin fe, sin rey y sin ley: así trataron siempre los vencedores a los vencidos. El término de Dasyu, que significaba simplemente «enemigo», acabó hasta por tener el sentido de «demonio» o de «monstruo». Y, sin embargo, esos seres abominables habían llegado a ser los inspiradores de los libros sagrados y las costumbres religiosas. El Atharva contiene los dogmas y el ceremonial de varias religiones sucesivas y contemporáneas, de modo que los sacerdotes tenían a su disposición, para dominar a los fieles, todos los argumentos posibles, hasta aquellos que se contradicen. Los Brahmanes encontraron tanto más fácilmente en los Vedas las buenas razones necesarias y suficientes a la justificación de su poder, cuanto que, a la manera de aquellos que evocan los dioses en la oración, les hicieron también hablar según su conveniencia. Convertido en la religión triunfante, el brahmanismo absorbió los otros cultos y los adoptó parcialmente, del mismo modo que después, en el Occidente, el cristianismo se asimiló los ritos y las divinidades de las religiones paganas. Así se infiltró la práctica terrible del sacrificio de las viudas en el ceremonial mortuorio de los Brahmanes, pero no sin lucha, porque se citan varios pasajes que prueban la introducción gradual de esta costumbre

en el mundo brahmánico. Si la condenan formalmente antiguos textos, es debido precisamente a la urgencia de combatirla. Un comentario se expresa así: «Levántate, mujer; la mujer se levanta y sube para seguir a su marido difunto. El hermano menor del muerto lo

N.º 241. Llanura de Attock.



1: 1 000 000
0 10 30 60 Kil.

Entre Pechaver y el Indo, al sud de Attock, se ven todavía los restos del antiguo camino real. El río que atraviesa la llanura al noroeste del mapa es el Sivat o Swat, cuyo valle forma el país de Udyena o «Jardín».

impide, y el sacerdote si no hay cuñado; pero seguir al muerto está prohibido, así lo quiere la ley de los Brahmanes. En cuanto a las otras castas, puede aplicarse o no esta ley»¹.

La quema de las viudas no era, pues, extraña a las poblaciones bárbaras en medio de las cuales habían descendido los Arios, pero

¹ Max Müller, *Essais de Mythologie Comparée*, trad. G. Perrot, p. 48.

no prevalecieron las costumbres de éstos, los civilizadores, sino que los sacerdotes arios, encontrando en la costumbre indígena un medio poderoso de dominación, acabaron por acomodarse a ella, y no temiendo falsear los libros sagrados, interpolaron en ellos pasajes contrarios a la enseñanza primitiva. De ese modo, las tradiciones de los salvajes Dasyu, bajo el nombre de los «augustos» Brahmanes, presidieron durante más de dos mil años a los sacrificios «voluntarios» de las viudas.

Ya las divinidades helénicas, nacidas en las comarcas del Oriente mediterráneo, de formas tan precisas, resultan seres de contornos indecisos, que cambian frecuentemente de atributos y de nombres. Los dioses hindus, invocados por un pueblo en vía de emigración lenta y esparciéndose en un mundo tan extenso que para él no tenía límites, eran todavía más flotantes y a menudo se confundieron; parecían nubes y brumas de formas cambiantes que se persiguen en el cielo. A los mismos indianistas les cuesta gran trabajo reconocer la misión exacta de cada uno de los dioses védicos, porque sus funciones cambiaban con el tiempo y los adoradores; solamente los iniciados pueden seguir las transformaciones de un Indra o de un Soma y distinguir entre los dos Brahma o los dos Açvin.

En la India brahmánica, los mil fragmentos sociales de las familias, los clans y las tribus están representados por otros tantos dioses locales. La tierra es allí viva: no hay roca ni árbol que no sea adorado. Pero cada soberano victorioso, cada reino invasor tenía un dios mayor, y muchas veces, antes y después, Rama, el conquistador que descendió del Himalaya y atravesó victoriosamente la India hasta la isla de Ceylán, el sueño de la monarquía universal haría nacer en el espíritu de un «gran rey» la idea de un dios único, semejante a él, de un dueño del Cielo y de la Tierra, con el cual quizá se confundía. Así nacieron las religiones monoteístas en Occidente de Asia, inspiradas por la ruda ambición de un pueblo que aspiraba a ser el único elegido para la posesión de la riqueza y para el dominio universal. Pero en las Indias no podía manifestarse ese movimiento religioso con el carácter simplista, concreto, preciso en su dogma, que había tomado en las regiones monótonas, rocosas y que tienen a trechos una aridez repugnante, del Asia Anterior. El

mundo prodigioso de la India, con los contrastes tan numerosos de su naturaleza, la riqueza exuberante de su flora, las multitudes entremezcladas de sus poblaciones, no se acomodaba a una fórmula



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

VICHNU

antigua divinidad solar, segunda persona de la Trimurti, creador, conservador y destructor del mundo, presente en todo y en todas partes, omnipotente, omnisciente y protector del sacrificio. A sus lados están sus dos esposas, las diosas Lakshmi y Satyawata.

tan sencilla, tan precisa como la de la estrecha civilización judaica. También la India tuvo su monoteísmo, pero ¡cuán pálido resulta en comparación al del terrible Yahveh! Brahma, cuyo nombre significa